

duró el Festival de Cine de Lincoln Center los fanáticos de Nueva York agravaron un poco su perenne fervor y se volvieron benigne- mente locos. Tres calles antes de llegar al Alice Tully Hall, jóvenes y jovencitas, en parodia cinefila de la clásica mujer del farol, se acercaban subrepticamente a los transeúntes y preguntaban con una sonrisa insinuante: "¿Le sobra un ticket para la película de Bresson? Pago el doble..."

El fenómeno era doblemente curioso porque hace una década, cuando este Festival exhibió "Baltasar", la obra maestra de Bresson, el teatro estaba medio vacío. Pero ahora el cine de arte se ha puesto furiosamente de moda. En este décimoquinto Festival neoyorquino, las entradas para los estrenos más codiciados se vendieron casi totalmente por suscripción y por correo, de manera que cuando se abrió la taquilla al público, llegó una arrasadora plaga de langostas humanas que se contentó con comprar asientos hasta para las películas menos prometedoras, con tal de decir que fueron al Festival, porque eso da "cachet" en círculos culturales.

El resultado es que casi no quedó ni una entrada para los 44 programas espaciados en dos semanas. El entusiasmo fue hasta cierto punto explicable porque esta fue la mejor selección del Festival en algunos años. De muchas de estas películas se escribirá largo y tendido en los próximos meses, pero he aquí un "preview" panorámico del Festival, que es en cierta forma un indicador de a dónde va y de dónde viene el cine contemporáneo.

"El Diablo, probablemente", para comenzar con la codiciada cinta de Bresson, es un osado experimento que falla en última instancia. El protagonista es un joven que quiere matarse porque está aburrido de la vida. El muchacho sufre tan constantes y

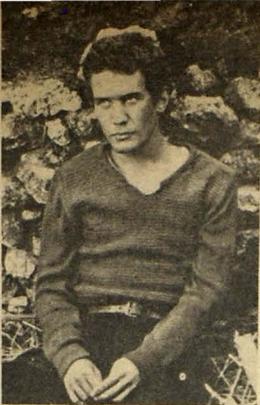


"El diablo, probablemente".

profundas crisis de depresión y apatía que su aburrimiento existencialista se le contagia al espectador.

Como Bresson es un director riguroso y casi monástico, nada ilumina la declinación psicológica de su agobiado Charles, que deambula por un París bellísimo con los ojos vidriados de un sonámbulo. Después de varios intentos de mandarse a sí mismo al otro mundo, Charles comprende que no tiene valor y le paga a un drogadicto para que le dé el tiro de gracia. Ya para esa hora, gran parte del público hubiera accedido a hacerle el favor con tal de que se acabara el film...

"Una canta, la otra no" irrada optimismo de la misma manera que la tragedia de Bresson destila pesimismo. La película sigue a dos amigas al través de los años: la primera es una rebelde que insiste en ser cantante callejera aunque no da señales de poseer gran talento; la segunda es una madre soltera con un anhelo secreto de



"Padre Padrone".

El mundo del cine

La Locura del Festival de Cine

Por René Jordán

lograr un matrimonio burgués y perfectamente respetable.

El film de Agnès Varda corre el grave riesgo de convertirse en un manifiesto del Movimiento de Liberación Pemenina y a veces cae en ese árido estilo de oratoria militante. Pero son lapsos breves: el argumento es realmente sobre la amistad y sobre ese misterio de las vidas paralelas que hace que dos personas profundamente distintas se mantengan en contacto, a través del tiempo y la distancia, con cartas, tarjetas postales, telefonemas, como si se resistieran a dejar que se rompa el vínculo pasado.

Therese Liotard y Valerie Mairesse interpretan a las amigas con gran ternura y espontaneidad. La directora Varda se gana la buena voluntad con una narración de un temperamento tan dulce y apacible que uno termina sintiéndose parte de la extraña familia que acumulan estas dos mujeres al través de los años. El final es un almuerzo familiar con hijos, hijastros, maridos, amantes, compinches y conocidos que giran como satélites alrededor de Therese y Valerie, eternamente unidas por el más puro cariño, el que no tiene lógica explicación.

"Padre Padrone" fue una de las mejores películas del Festival. Es la historia verídica de Gavino Ledda, a quien su padre sacó de la escuela a los ocho años en Cerdeña, para convertirlo en pastor de ovejas en la montaña; la familia necesitaba el trabajo del hijo mayor para subsistir. Gavino se crió solo entre las rocas y las bestias. A los 20 años, no sabía leer o escribir... y casi ni hablar. En un esfuerzo admirable de voluntad, se enroló en el ejército y se convirtió luego en profesor y lingüista y en autor de esta autobiografía que hizo sensación en Italia.

De un film así no se puede hablar en dos párrafos. Baste decir que la dirección de los hermanos Paolo y Vittorio Taviani cuenta la historia con un estilo anti-sentimental y casi tan agreste como el paisaje sardo que lo rodea. En un film que es básicamente sobre el insuperable silencio, han conseguido un uso insólito del sonido. "Padre Padrone" es de un tremendo impacto emocional. Al terminar, provocó la ovación más atronadora que se ha oído en este Festival desde el estreno sorpresa de "La Tienda de la Calle Mayor" hace diez años. Y en un palco sonreía tímidamente Gavino Ledda, que nos acababa de enriquecer es-

perimentalmente con el regalo invaluable de un propio vida.

Si "Padre Padrone" es supremo "cine visceral", "The American Friend" es excelente "cine cerebral". El director alemán Wim Wenders consume su evidente pasión con el cine norteamericano en un "thriller" muy al estilo de Hitchcock, e inclusive basado en una novela de Patricia Highsmith, la autora de la clásica "Strangers on a Train".

Wenders despliega un formidable dominio de la técnica en esta película de siniestra belleza, en la cual un moribundo (Bruno Ganz) comete un crimen para darle una herencia cuantiosa a su viuda e hijo. Dennis Hopper es el ambiguo agente de la Mafia que recomienda a Bruno como posible vendedor de asesinatos por desesperación económica. Tanto Ganz como Hopper están impresionantes individualmente y —mejor aún— trabajan en com-



"Una canta la otra no".

"Short Byes" es una adaptación al cine de la obra teatral de Miguel Piñero y el gran mérito del director Bob Young es que ha sabido sacar el proscenio y darle movimiento, al filmarla en una cárcel hoy abandonada de Nueva York. Este drama carcelario y brutal es para estómagos fuertes. Tiene una frialdad casi documental que se consigue con una serie de actores tan convincentes que no parecen actuar, sino moverse como leones y tigres entre rejas. Y en Bruce Davidson, como la víctima de todas las represiones contenidas de los

a cada rato arrancó olas de carcajadas, especialmente en el momento en que Hernán Cortés le hace veladas amenazas a Pafnucio para que no siga buscando al Mesías, mientras entona en medio de un corral de cerdos "Al restaurant Maxim" de "La Viuda Alegre".

Tampoco puede haber Festival de Cine sin escándalo y la primera semana concluyó con el de "Saló o los 120 Días de Sodoma" de Pier Paolo Pasolini. Poco después de terminar el film, el director fue asesinado en sórdidas circunstancias en un solar yermo, donde le hizo proposiciones deshonestas a un joven de 17 años. De los muertos no se debe hablar mal pero... ¿cómo enfrentarse a la colección de perversiones, crueldades e indecencias de "Saló".

A "Saló", literalmente, no hay por donde agarrarla. Lo que sucede en este film no se puede describir en un periódico y bastar decir que una tercera parte del público abandonó el salón con violentos ataques de náuseas. Es un acto asombroso de desprecio por sí mismo, de parte de Pasolini. La identificación del sadismo y el homosexualismo con el fascismo es abominable en un hombre como Pier Paolo, que fue expulsado del partido comunista por estos mismos problemas.

Comunista hasta el fin, Pasolini siguió sirviendo hasta la muerte a los amos que lo habían excreado. Y si eso no es masoquismo, que venga el diablo y lo juzgue. En honor a la verdad, hay que admitir que "Saló" es técnicamente la mejor obra de Pasolini. Después de años de realizar films burdos, grotescos y amateur, al borde de la muerte ya Pier Paolo había aprendido a montar sus escenas y a mover sus cámaras. En "Saló", la fotografía, los decorados y el vestuario son exquisitos; es preciso llegar al contrasentido de decir que es sumamente bella esta película indescriptiblemente asquerosa.



"Short Eyes"

binación con una simbiosis perfecta de debilidades y potencias.

"The American Friend" no está a la altura de la obra maestra de Wenders: "Kings of the Road". Es obvio que Wenders quiere ser más

presus, hay la revelación de un artista hasta ahora bueno, pero de repente subitamente inspirado hasta un nivel que linda con la grandeza.

Por supuesto, no puede haber un Festival de Cine sin un espanto total y este año ese dudoso honor le ha tocado a "Pafnucio Santo", una película mexicana que es la mezcla hilarante de la ignorancia con la arrogancia. Un niño es enviado a buscar una madre para el Nuevo Mesías y se entrevista con varias figuras históricas o folklóricas que incluyen a la Emperatriz Carlota, la Malinche, la China Poblana y hasta una tal Patricia Kane con boina y ametralladora, como esa Patty cuyo nombre completo es mejor no mencionar.

Lo desparpante es que los personajes no hablan, sino que mueven sus labios, de los cuales emergen fragmentos operáticos de Puccini, Wagner, Saint-Saëns y media docena de compositores, cómplices inocentes de este esperpento. Pero los subtítulos no tienen nada que ver con la música: por ejemplo, Frida Kahlo la mujer del pintor Diego de Rivera, es encarnada por una actriz en silla de ruedas que canta unas diez veces el "Ich Liebe Dich" de Grieg, mientras que los subtítulos incitan a la revolución armada. Cuando al final de la secuencia la fusilan, el público estalló en espontáneos aplausos.

"Pafnucio Santo" es testimonio de una indigestión cultural bastante próxima a la gastroenteritis. Pero con sus pretensiones locoides,



"The American Friend".

accesible y llegar a un público más amplio, luego su film es un compromiso un tanto ambiguo entre el comercio y el arte. Así y todo, es un drama fascinante y perverso que posee el extraño efecto típico de los films de Wenders: mientras uno más piensa en él, más virtudes le encuentra "a posteriori".



"Pafnucio Santo".